


quier planta verde, incapaz de arder ó capaz de dar un humo asfixiante para el invasor, se deja; los bosques habrán de parecerse á los bosques de Macbeth, que andan por sí solos en defensa de la independencia nacional; todas las ermitas y todas las iglesias de los pueblos tocarán á rebato con sus lenguas de bronce, y los voluntarios, que habrán salido de los antros, que no tendrán disciplina, con chuzos armados, sin camisa en el cuerpo, sin canana en los riñones, se presentarán ansiosos de morir contra el extranjero; y éste habrá de comprender á su costa, que no se halla el cuitado ante un ejército, que se halla por primera vez ante un pueblo.



## CAPÍTULO QUINTO

El alma de madama Roland.

 N el período de tiempo que historiamos, desde Marzo á Septiembre del noventa y dos, ejerce un poder omnímoto la secta girondina y en la secta girondina ejerce á su vez un poder omnímoto madama Roland. Éste período puede llamarse de tránsito entre la Constituyente y la Convención, entre la Monarquía y la República; por lo cual predominaron entonces aquellos estadistas, bastante monárquicos para poder en el gobierno servir la monarquía sin desdoro y bastante republicanos para poder en el Parlamento preparar la República sin escrúpulo. Así ha pasado su política por una traición y sus jefes por unos traidores, cuando en aquellas explosiones de los siglos condensados sobre un punto del tiempo, dominaban los hechos á los individuos y á sus ideas, como las corrientes del agua en un diluvio arrastran los cuerpos y se los tragan las vorágines de un terremoto. Guardarían muchos estadistas las ideas republicanas en las telas del corazón y en los lóbulos del cerebro; pero no se atrevían á manifestarlas en público y menos á pedir las para la forma del Estado y para los métodos del gobierno mientras duró la engañosa ilusión de que los emancipados se acomodarían á la realeza tradicional y los Reyes absolutos á la democracia triunfante. Mas, así que se acabó tal hechizo y llegó el desengaño, las ideas republicanas pulularon por todas partes como por ensalmo, y surgieron los defensores de tales ideas, nunca vistos antes, como una generación espontánea. Y no hay que culpar á los históricos fundadores de la República, no hay que culparlos del camino andado en tan poco tiempo y con parti-



darios tan escasos de la idea republicana, esparcida tan sólo en algunas altas inteligencias, que la bajaron al mundo de la realidad sin descanso y de súbito; hay que culpar á los Reyes, nunca enterados del cambio de las conciencias y aferradísimos á sus imposibles privilegios. Impútese al atavismo, innegable por cuantos conocemos la naturaleza humana; impútese á las imposiciones de la sangre que circula por las venas regias; impútese á la educación, capaz de producir genios y caracteres y aun almas, digámoslo así, artificiales, más dirigidas por el artificio de una doctrina ó por las enseñanzas de un preceptor que por los impulsos de la voluntad interior ó por las vocaciones íntimas de su propia naturaleza; es lo cierto que ningún Rey europeo, como se demuestra por la coalición monárquica, y menos los Reyes franceses, como se demuestra por su política propia, se habían enterado del movimiento de los tiempos y del estado de los ánimos. Las ciencias modernas hannos dicho que los siglos y los movimientos de los cielos y las irradiaciones del éther con su calor han producido los soles con sus planetas y los planetas con sus satélites y los satélites con sus aereolitos, la vida universal. Imposible se hubieran movido tanto los tiempos hasta el siglo pasado y no generaran otro espíritu que el antiguo, y este nuevo espíritu no generara otra sociedad, y esta sociedad no generara otra organización social, y esta organización social á la postre no trajera otro Estado en forma propia y otra manera de gobierno. Sin mirar al cielo ethéreo que forma el espíritu, atendiendo únicamente al tiempo, no pueden durar las fases sociales por modo alguno con la duración deseada por los Reyes absolutos para sus monarquías tradicionales. Cada generación, colocada entre la niñez y la decrepitud por leyes universales, no puede influir y gobernar arriba de veinticinco años. Cada generación engendra otra generación, que se le parece mucho, pero que no se identifica y confunde con su madre ó predecesora. El renuevo de las generaciones en los pueblos no es como el renuevo de las hojas en los árboles. Ninguna de las sociedades humanas ha dejado de transformarse á la vuelta de cierto tiempo. El Imperio puramente vinculado en la familia de César no dura siglo y medio; el Imperio estoico no dura un siglo. La preponderancia del feudalismo teócrata y del Pontificado político, después de haberse ya establecido y arraigado las irrupciones bárbaras, por los tiempos en que andaban las sociedades con paso tardísimo, no llegó á trescientos años; la preponderancia del feudalismo militar no duró tanto tiempo, contrastada de un lado por los sacerdotes, de otro lado por los jurisconsultos, de todos lados por los Reyes; estuvieron los Reyes conocidos por santos de acuerdo con la Iglesia durante cien años, y cien años duró la terrible labor de los Reyes crueles airados así contra el feudalismo como contra la Iglesia, y cincuenta, no más, años, duró el trabajo de Luis XI, de Fernando V, de los reyes conjurados contra las instituciones feudales y bautistas de las monarquías modernas. Duraba la realidad verdaderamente absoluta en Francia desde principios del siglo décimo-sexto hasta fines del siglo décimo-octavo, y había de transformarse radicalmente ó de morir sin reme-

dio tras tal duración excesiva. Muy artista con los primeros Valois y muy siniestra con los segundos; humana y tolerante después, gracias á la humanidad y tolerancia del gran Enrique IV; fuerte bajo Luis XIII con la poderosa dirección de Richelieu; en la primera parte del reinado de Luis XIV conquistadora y en la segunda parte de tal reinado, jesuítica; de progreso bajo Choiseul, quien se aprovechó del temperamento epicúreo de Luis XV para expulsar los jesuitas y establecer el reinado de las nueve ideas filosóficas, filosofía precursora de la revolución; cosa imposible, completamente imposible, según las leyes así de la Providencia como de la Historia, que la monarquía dejara de obedecer al ministro de Dios, el tiempo, y dejara de transformarse radicalmente, ó de perderse para siempre al soplo del nuevo espíritu.

Hay que decirlo: acabó la monarquía tradicional y antigua en Francia por una descomposición interior. ¿Cómo protegió, en el afán de aumentar su poder y acrecer con otros territorios el territorio suyo, toda la revolución luterana en el mundo, hasta darle su triunfo definitivo al concertarse la paz de Westfalia? ¿Cómo apoyó la revolución de Holanda, y por tanto la primera República cristiana que se fundó, tras la fundación de Suiza en Europa? ¿Cómo aceptó por sus consejeros los filósofos en reemplazo de los expulsados jesuitas? Y cuando la filosofía, idea, se convirtió en la revolución, hecho, ¿cómo no reconoció que había sido esta revolución su obra y su hechura? Nada hizo más que contener con sus brazos cansadísimos el torrente impetuoso desencadenado por él mismo. Ninguna transacción aceptó; las combatió todas. Turgot pudo evitar la catástrofe, despidió á Turnot. Los Estados generales, ya que se congregaron por su voluntad, debieron ser atendidos; les molestó hasta obligarlos á erigirse por fuerza en Asamblea constituyente. A su empeño en reunir tropas alrededor del cuerpo legislativo deliberante, se debió la expugnación de aquella Bastilla, verdadera clave del régimen absoluto; á sus azuzamientos para que la guardia real emprendiese una reacción, el traslado desde su cerrado santuario del palacio de Versalles al revolucionario y tormentoso París; á su preferencia por los revolucionarios radicales y á sus deshauos de los revolucionarios conservadores la dictadura del Municipio que tanto menguó el trono; á sus órdenes de abstención en el Comicio y en el Parlamento, la fuerza ó predominio de los avanzadísimos sobre los templados; á su desconfianza del partido constitucional este ministerio girondino, inspirado por madama Rolland, que tanto debía precipitar la catástrofe y contribuir al triunfo de la República. Evidentemente la Gironda se presenta, desde la hora primera de su aparición en el estadio de la política, como una fracción republicana. No podía menos de serlo, puesto que lo era su alma, puesto que lo era madama Rolland. Desde que visitó en su primera juventud Versalles la gran heroína del movimiento republicano, sintió un odio invencible á la monarquía; y desde que comenzó sus dos lecturas favoritas, Plutarco y Rousseau, también experimentó un amor invencible á la República. Y si esto le pasaba en sus ideas al jefe, digámoslo así, femenino de la Giron-



da, lo mismo le pasaba también al jefe masculino, á Brissot. Después de muchos viajes, después de muchísimas lecturas; en el contacto de su inteligencia con las inteligencias superiores, Brissot prefería también el régimen republicano al régimen monárquico. Y no hablemos de Vergniaud. Su musa estaba en Atenas, y en Atenas la República. Con este cúmulo de ideas, con estas irremediables preferencias, quizás les fuera mejor no yendo que yendo, como fueron, al gobierno. Pero ya fueron los girondinos. Perpetrados por ellos tamaño error, igual, por su parte, lo cometió el Rey. O debía no admitirlos, ó debía conciliárselos. Pero hacerlos ministros para luego contrastarlos y ocurrir á todas sus aspiraciones con dificultades y á todas sus aspiraciones con desengaños, no puede comprenderse y menos justificarse. Natural en los girondinos combatir al Rey: por ello no debieron ir á un gobierno monárquico. Pero, ya entrados dentro del gobierno, necesitaba entregarles su regio espíritu el Rey y acostumbrarlos, por las satisfacciones y los gustos del gobierno, á que fueran monárquicos de conveniencia, ya que aparecían republicanos de convicción. Pero no hizo tal cosa; hizo todo lo contrario de aquello que hacer debía. Se burló de los zapatos con hebillas y de la cabeza sin polvos que le presentaba Rolland; se creyó con derecho á estar dentro del Consejo en cuerpo y trasladar con su pensamiento á otra parte, muy lejos, el alma; convirtió aquellas consultas de todo jefe del Estado con sus ministros en una tertulia; requirió de sus consejeros y de las conferencias con sus consejeros chismes y cuentos, con que regalar su ánimo, no soluciones, con que favorecer al pueblo; y luego coronó todas estas faltas imperdonables con un acto de verdadera demencia, con un acto de suicidio, pero de suicidio del alma, declarando la guerra implacable al Austria sin escrúpulo alguno y luego expidiéndole su enviado Mallet de Pau á esa misma hostil Austria para decirle á su emperador que se hallaba con él en espíritu y pedía de continuo al cielo, por medio de sus oraciones, que prosperasen sus armas y con ella sacase del cautiverio á sus parientes, aunque diera todo ello por resultado la derrota de los franceses y el deshonor de Francia.

Solamente la experiencia, una experiencia hecha con lealtad por todos, y sinceramente aceptada de una y otra parte, podía desvanecer las preocupaciones que cada cual de aquellos factores aportaba en este instante al convenio, impuesto más por las circunstancias que por la voluntad y por la inteligencia de los juntos ya en el gobierno, y no acordes, ni convenidos en nada. Pero la experiencia resultó, por culpa de unos y otros, tan adversa, que salió el Rey de toda ella persuadido á creer en la traición girondina, mientras la fracción triunfante salió persuadida por completo á creer en la justicia con que se sospechaba muy mal de la necesaria lealtad de los Reyes á la Constitución y al Parlamento. Como en toda individualidad francesa de suyo se oculta una religión unitaria y realista; como esta religión, propia de los franceses, se aumenta y agrava con las ideas recibidas en la niñez y en la juventud, por educación de colegios y Universidades donde reina cierta disciplina